

libertad á los que mandan, y quieren mas libertad los que obedecen; hay un desequilibrio espantoso, un malestar que no se oculta á la vista de los hombres políticos, un insulto constante al derecho público, un riesgo perenne de tempestades sociales, cuya primera consecuencia ha de ser el eclipse de la libertad.



CAPITULO XIV

PROGRESO SOCIAL.

I

Lo que se dijere del conjunto de los asociados, eso mismo deberá decirse de la sociedad: cuando en los individuos reinan la duda y el escepticismo, ¿qué carácter han de tener las instituciones sociales? Prescindamos en España del trono, enseña gloriosa de la verdadera libertad y del verdadero progreso de nuestra patria, y nada en el orden político nos quedará fijo y estable. Se han sucedido las constituciones; se han modificado y multiplicado las leyes; se ha disputado por ápices la libertad; y sin embargo, todo es interino, todo está sujeto á cambio y renovacion. Los gobernantes han tenido siempre gran impaciencia por escribir y por legislar; y no eran leyes sino costumbres lo que España necesitaba. La manía de imitar las fórmulas de otros países, llevada á la más deplorable exageracion, ha producido una política y una

administracion en gran parte exóticas, y por tanto, nunca ó muy tarde arraigables. Mientras estas plantas extranjeras arraigan en nuestro suelo, las inteligencias mas altas se consagran á la estéril tarea de discutir la mayor ó menor bizarría en la libertad dentro del sistema representativo; y se proponen reformas, y se agitan los espíritus, y se empeña la lucha; y avanza, avanza con vuelo rápido la sombra del protestantismo político, horrible calamidad que Dios permite sobre las sociedades, para que brillen despues con esplendor mas puro los principios eternos de justicia y de verdad. ¡Oh! si esa estéril contienda de sistemas, si esa multitud de teorías y ese diluvio de palabras constituyen la política, que nadie le aplique el augusto nombre de ciencia; la ciencia es otra cosa; la ciencia establece principios y deduce consecuencias, raciocina y demuestra. Exponer reglas sin demostracion es propio del arte; arte y nada mas cultivan los políticos pusilánimes que cuentan por átomos la libertad, y creen sujetos á peso y á medida los derechos individuales y los fueros de los altos poderes del Estado.

Si existe ciencia política, debe ser mas elevada su esfera: no es posible que millares de hombres eminentes en todos los tiempos hayan sido victimas de igual preocupacion. La cuestion de

formas de gobierno en términos absolutos, y la de latitud ó rigidez de principios dentro de una misma forma, nunca han podido ser cuestiones capitales, á no confundir lo accesorio con lo principal, la causa con el efecto.

II

Con hombres buenos no hay instituciones malas; como no hay instituciones buenas con hombres malos. Hacer á los hombres lo mas bueno posible, será todo el problema que deban resolver los poderes constituidos, el eje en que constantemente gire la máquina gubernamental. La política y la moral son ciencias hermanas; la primera forma buenos ciudadanos, la segunda buenos cristianos: unidas en estrecha alianza y aceptadas de una manera leal, pueden salvar á la sociedad de la anarquía que despedaza y del despotismo que ahoga.

La triste perturbacion que los partidos políticos han introducido, solo puede curarse atacando de raíz tantas ambiciones ilegítimas, tanto egoismo y tanta impaciencia de gobernar como se observan en nuestros dias; enfermedades son estas que comprometen la existencia del cuerpo social, y contra las cuales de poco vale el empi-

rismo de los que vocean, ni el buen deseo de los que en su retiro lloran por la salud de la patria.

La época de las declamaciones debe ya pasar. España, infeliz, fatigada por los embates de la revolución, víctima de horribles desengaños adquiridos en una serie dolorosa de ensayos, ha padecido hambre y sed de gobierno, de reposo y de ventura. No importa que se escriban para ella constituciones más ó ménos amplias; cien constituciones buenas no equivalen á una costumbre mediana.

Tratándose de las formas de gobierno no hay mejor ni peor: la justicia es una; y se ha dicho con razon que las formas políticas influyen en la esencia de la justicia lo que influyen en los legisladores los trajes con que se visten.

Dignidad y honradez en los que obedecen; y los que mandan, si es que mandaren mal, pronto caerán de las alturas del poder envueltos en una nube de vergüenza, de oprobio y de ridículo. No hay gobierno en el mundo que pueda tiranizar á un pueblo digno y honrado. Los edificios se construyen de abajo arriba, desde la piedra tosca hasta el esbelto chapitel; quien se proponga edificar desde el tejado es un pobre orate que merece compasion.

Miéntras en el terreno de la política se entablan ardientes luchas de principios, y se disputa

con entusiasmo, digno de mejor causa, una línea, un ápice en la escala imaginaria de la llamada libertad, los hombres de corazon recto y de sentimientos elevados deploran con amargura el extravío de los que, titulándose profesores de la ciencia, no aciertan á guiar á sus alumnos, ni un paso siquiera, por el camino de la verdad y de la justicia.

La política nimia y trivial que no pasa de la esfera de las palabras y de los nombres propios, es la mas desdichada ocupacion en que los pueblos pueden malgastar su actividad. Si verdaderamente solo es constitucional en la sociedad lo que es constitucional en la naturaleza, y por tanto son reputadas las costumbres como constituciones tácitas, pongan su esmero todos los hombres políticos y de gobierno en que las costumbres mejoren, y cuidense ménos de las constituciones escritas, que si para algo práctico sirven muchas veces, es para probar el vértigo en que se agitan las sociedades presentes.

El gran argumento que se ha empleado contra los sistemas medios, contra estos sistemas, que por arriba limitan la autoridad y por abajo ponen cortapisa á la libertad, es que viviendo en medio de la discusion y para la discusion, engendran el esceptismo: cuando los pueblos se acostumbran á verlo todo sometido á debate, á oír el pró y el

contra de todas las cosas, á escuchar defensas acaloradas de todos los absurdos, é impugnaciones horrendas de todas las verdades, la fe comienza por entibiarse y acaba por extinguirse. El parlamento y la prensa son considerados como calamidades en este sentido: veamos lo que hay en ello de razón.

Poco importa que se declame contra la elocuencia política; que se ataque el sistema parlamentario por lo que tiene de expuesto, y se pida, en fin, restriccion y reforma y casi aniquilamiento de la tribuna: esto es proceder *á posteriori*; es definir el terremoto, *un temblor de tierra*, y el trueno *una detonacion*: es no pasar de la epidémis al pretender curar una enfermedad interna; es romper el nudo en vez de desatarlo. Mejor que entregarse á lamentaciones cuyo eco se pierde en la gritería de los pueblos, mejor que bogar corriente arriba sin resultado y sin gloria, será defender uno y otro dia los sanos principios de política y moral, las máximas salvadoras de gobierno, inculcar á los pueblos sus deberes, y explicarles sus derechos; hablar á los hombres del poder el lenguaje de la verdad sin disfraz, y amonestarlos sin altanería: de esta suerte los pueblos aprenderán á elegir representantes que no comprometan en ningun sentido el decoro del régimen representativo, y los gobiernos adquirirán el convencimiento

de que no es posible oprimir ni tiranizar á un pueblo digno y honrado; á un pueblo que cumple con exactitud y que exige la correspondencia.

III

A consideraciones análogas se presta el derecho de escribir: que éste ha llegado á los términos de exageracion mas lamentables, no hay para qué dudarlo. La opinion pública, en fuerza de tener intérpretes, acaba por hacerse ininteligible, por convertirse en un mito.

La opinion pública en la edad presente, es de casi imposible apreciacion. La historia moderna, verdadero fanal donde se encierra, no puede escribirse al resplandor de las llamas que produce la tea del incendiario, ni á la puerta de los grandes asilos que la caridad ha levantado para el pobre. La humanidad vive hoy, y camina al vapor, buscando afanosa los medios de vivir y caminar mañana á la electricidad. No se cuida de su historia política, aunque otra cosa indique la desgraciada multitud de libros que produce y lee, y aplaude y olvida en solo un dia. Esos libros son los apuntes que lega la actual á mas tranquilas generaciones para que escriban su historia y juzguen sus grandes hechos: grandes en el camino del bien; grandes en el camino del mal. En el

loco placer de discutir; en la hidrópica sed de libre exámen que ha turbado la inteligencia de tantos insignes pensadores, se descubren al punto el imperio de la duda y la sancion del mas absurdo escepticismo.

Todavía no se han uniformado las opiniones respecto al carácter y tendencias del famoso monarca español que, tres siglos há, ceñia en su frente la corona de ambos mundos. El conciso apunte que dejó para su historia está grabado en piedra berroqueña: sus apasionados y sus detractores descifran á su manera el enigma del Escorial.

Otro monarca, célebre tambien, y de mucho ménos remota antigüedad, figura con muy diversos colores en obras histórico-críticas de este mismo siglo; para unos es solo el enemigo de los jesuitas; para otros el fundador del Museo y del Botánico, el promovedor de los intereses públicos, el principio del progreso en España.

Y si para fallar sobre épocas que ya pasaron, y sobre personajes que ya tocó é igualó la descarnada mano de la muerte, se observa tanta ambigüedad, tanta vacilacion, ¿qué no sucederá en la época áctual, en medio de la lucha de los intereses y de la inquietud de los ánimos y de la sobreexcitacion de los afectos? ¿Quién podrá detenerse á juzgar imparcialmente á sus hombres,

de quienes tanto se puede temer, de quienes tanto se puede esperar? Si hubiera un afortunado que elevándose á otra esfera mas alta que esta en que se agitan las pasiones y se chocan los sistemas, y mirando á todos desde igual distancia, pudiera recoger en su vuelo los pensamientos de justicia y de equidad que por dicha se alzan aún desde la tierra, aquel seria el historiador imparcial; y el perfume que aspirase allá en la altura seria la verdadera opinion pública.

Pero desde el suelo que contiene á los combatientes, desde la esfera misma en que resuenan ecos tan diversos como la risa de los festines y los gemidos del dolor, ni la vista puede hallar un punto en que fijarse, tal es la movilidad continua; ni la voz del raciocinio puede dejarse escuchar, tal es la confusa y horrible gritería.

Y, sin embargo, la opinion pública es invocada, y discutida y calumniada; y apénas hay quien reconozca sus legítimos fueros, ni quien le rinda homenaje, á pesar de llamarla reina de los sistemas liberales, y soberana de los pueblos cultos. La opinion pública no es ni debe ser otra cosa que la verdad y la justicia, emanaciones ambas del centro inmortal de toda perfeccion; en este sentido: *vox populi, vox Dei*. Pero la verdad y la justicia no pueden transigir con las pasiones, y con los odios, y con las miserias; y como estos

son accidentes ordinarios de las épocas de febril agitación, de aquí que en estas épocas sea hallazgo tan difícil el hallazgo de la verdadera opinión pública.

Y cuando los individuos no acaban de ponerse de acuerdo, cuando cada uno se cree depositario único de la verdad, y hay tantas opiniones como hombres, ¿con qué razón se increpa al periodismo por la divergencia de sus principios y por la diversidad de sus doctrinas? ¿Por qué se ha de creer que la sociedad está formada á imagen y semejanza de los periódicos, y no se ha de creer que los periódicos están formados á imagen y semejanza de la sociedad?

De todas las instituciones han abusado los hombres, y no son ciertamente para negados ni para desconocidos los abusos á que se presta la libertad de escribir, la libertad de erigirse en intérpretes de la opinión; pero tampoco han de desconocerse ni negarse los beneficios que á la común ilustración y á la defensa de todas las verdades ha traído el periodismo en una época en que, si máximas nocivas se difunden por los periódicos, máximas de justicia se propagan también, y avisos útiles, y enseñanzas saludables. Inicianse en los periódicos todas las cuestiones, grandes y pequeñas; y una generación que no tiene tiempo para leer libros, y que desea conocer siquiera la

superficie de todas las cuestiones, dicho está que ha de incluir el periodismo entre las necesidades de primer orden, lo ha de considerar como alimento diario é inexcusable: en este sentido pierden su tiempo, y van contra la corriente los enemigos del periodismo en absoluto. No ya las sociedades regidas por el sistema representativo, del cual es alma la publicidad, sino todas las sociedades, sea cualquiera su organización, siendo sociedades cultas, han de admitir y estimar el beneficio de la prensa; los abusos que por su medio puedan cometerse, no han de ser parte para que los pueblos aborrezcan, faltando á la justicia, tan poderoso elemento de ilustración. Regúlese en buen hora el derecho de escribir; pero no se anatematicese el derecho en principio, ni se calumnie á los escritores en absoluto. Si hay zizaña en el campo del periodismo, cuídese de no arrancar el trigo al arrancar la zizaña: *ne triticum eradicetur*.

IV

Para probar que las leyes son muy poca cosa cuando faltan las costumbres, no hay más que dirigir una mirada por Europa. Las constituciones van por un lado y las costumbres van por otro. Hay un derecho escrito que establece las

relaciones entre el poder y los subordinados en cada pueblo, y las relaciones de los pueblos entre sí; pero estos códigos son letra muerta en sus mandatos mas notables: en ellos la razon prevalece sobre la fuerza; y en el mundo de la realidad la fuerza prevalece sobre la razon. En esos códigos hay garantías para todos los derechos, y castigos para todas las trasgresiones; y en la vida práctica los derechos son menospreciados por el mas audaz, y las trasgresiones quedan impunes si las comete el mas poderoso. En el espíritu de aquellos códigos está el principio de que la fuerza material viva al servicio de la justicia; y la miseria de los tiempos hace que la justicia vaya y vuelva á merced de la fuerza material. Agitanse, pues, las sociedades europeas y buscan tregua á sus inquietudes y alivio á su malestar: las sociedades europeas pasan por un período difícil, por una crisis violenta: la dificultad está en que las costumbres y las leyes no van por el mismo camino; la violencia está en que, no hallándose debidamente armonizados los intereses morales y los materiales, la accion de los gobiernos va siendo impotente para el bien, y la accion de los pueblos, ineducados y seducidos, va derecha y fatalmente hácia el mal. Hoy parece que domina á las naciones un contagio, un trastorno de funciones que, privándolas de memoria, ofusca su enten-

dimiento y tuerce su voluntad. No parece sino que la ciencia de gobernar está ya al alcance de todos, que la diplomacia se ha trocado en empirismo, y que en el dios-éxito se compendian y terminan todas las fuerzas de la razon, ó mas bien todas las razones de la fuerza.

V

No preguntemos por el progreso social: los pueblos cultos nos responderian con el espectáculo de un armamento formidable: cada nacion asegura sus fronteras y acrecienta sus medios de defensa. ¿Qué es esto? ¿Han retrocedido las sociedades al siglo décimo? ¿Qué barbarie nueva amenaza posarse sobre la clásica Europa? ¿De qué sirve el progreso científico, de qué el progreso artístico, de qué el desarrollo de los intereses materiales, si las sociedades carecen de reposo? La respuesta á estas preguntas es la síntesis de este libro. El progreso social, que debiera ser término y corona de todos los progresos, es inútilmente buscado por los pensadores de Europa: el imperio de la fuerza, gravitando como una amenaza constante sobre los gobiernos y sobre los pueblos, determina una deplorable aberracion, un malestar social que no se calma con los triunfos de la materia, ni con el engrandecimiento de la industria, ni con la

acumulacion de la riqueza. Las sociedades corren; pero no por el camino que guía á la felicidad. El progreso es evidente; lo oscuro es el término de ese progreso. El verdadero progreso va hácia la luz: ¿qué progreso es éste que va hácia las tinieblas? No se confunda la idea de progreso con la idea de movimiento: las sociedades se mueven, se dilatan y agrandan rompiendo, si es necesario, todos los obstáculos que las limitan; pero no se desarrollan por igual los altos intereses de la verdad, de la belleza y de la bondad; pero las ciencias, las artes y las instituciones, no ofrecen á los ojos del mundo el gran espectáculo de una ascension pausada, segura y gloriosa. Y en vano se afanan los filósofos y se agitan los políticos, y discurren los hombres de la diplomacia; mientras no se busque en regiones mas altas que ésta en que vivimos, la luz que alumbre los caminos de la humanidad, las teorías serán una triste ilusion, los sistemas un elemento de discordia, y la diplomacia vivirá á lo mas como una ilustre servidora de la fuerza; y el progreso no pasará de ser una mentira brillante, un soberano falsificado cuyo imperio se extiende tan solo á la region de los sentidos.

FIN.

ÍNDICE.

	Pág.
PRÓLOGO.....	III

CAPITULO PRIMERO.

IDEAS GENERALES: PUNTO DE PARTIDA: DIOS.—I. Idea del progreso.—II. Cómo ha de estudiarse.—III. Puntos capitales.—IV. Progresar es subir.—V. El alma humana.—VI. Relaciones del alma con su Criador.—VII. Verdad, Belleza y Bondad.—VIII. Fe, Esperanza y Caridad.—IX. Ciencia, arte y vida social.—X. Pueblos mono-teistas y politeistas.—XI. El pueblo de Israel: el destino de la humanidad.....	1
--	---

CAPITULO II.

DEL PROGRESO EN LAS SOCIEDADES ANTIGUAS.—I. Pueblos primitivos.—II. La China.—III. Asiria.—IV. Egipto.—V. Los fenicios.—VI. Grecia.—VII. Roma.—VIII. Progreso moral de Roma.—IX. Progreso material.—X. El lujo y la disipacion.—XI. Ruina del imperio.....	29
--	----